

11 de Enero de 1677, dando orden para que la reina madre no saliese de su cuarto, é hizo llamar á D. Juan nombrándolo ministro. Este se puso en marcha con una comitiva tan numerosa que parecia un ejército, y ántes de entrar en Madrid, hizo que el rey diese orden para prender á Valenzuela que estaba en el Escorial, donde el prior de aquel monasterio lo ocultó en una alacena; pero habiendo sido preciso llamar á un cirujano que lo asistiese en una enfermedad, este lo descubrió, y el desgraciado favorito, privado de todos sus empleos y honores, fué conducido preso á Talavera y despachado despues á Manila. La reina madre fué confinada á Toledo, aunque dándole por decoro el gobierno de aquella ciudad.

Habiendo la Inglaterra hecho la paz con Holanda y unídose despues á la liga, declaró la guerra á la Francia en 9 de Mayo de 1678, y Luis XIV tuvo que abandonar á Mesina y retirar las tropas que tenia en Sicilia: pero las ventajas que obtuvo en los Países Bajos con la toma de Valenciennes, de Gante, de Ipres y otras plazas, le dieron tanta superioridad, que en las conferencias para la paz que se tuvieron en Nimega, impuso las condiciones que quiso dictar, y habiendo celebrado un tratado particular la Holanda en 10 de Agosto de 1678, España se vió obligada á admitirlo, y sus comisionados lo firmaron el 17 de Septiembre del mismo año, cediendo á la Francia el Franco Condado y varias plazas importantes en Flándes.

Poco habia durado el aplauso con que fué recibido D. Juan: disgustados los grandes de su altivez y no viendo la nacion las ventajas que se prometia de su gobierno, todos echaban de ménos al P. Nithard y á Valenzuela, llevando á mal la dureza con que éste habia sido tratado, y pareciendo poco generosa la venganza que habia ejercido contra la reina madre. Para conservarse en el poder, procuraba tener al rey entretenido como niño y trató de casarlo con princesa de su eleccion, para contar de este modo con mayor apoyo: la reina madre le destinaba la archiduquesa hija del emperador su hermano, pero D. Juan, temiendo que este enlace precipitaria su caida, decidió al rey por D<sup>a</sup> María Luisa de Borbon, hija del duque de Orleans y sobrina de Luis XIV. Sin embargo, D. Juan murió ántes de ver celebradas las bodas, y su muerte fué muy oportuna para librarlo del disgusto de perder el favor que el rey le habia ya retirado, y de sufrir una caida inevitable.

Desde este momento la vida de Cárlos II se redujo á una cadena de intrigas en lo interior, y de desgracias en lo exterior en las guerras que tuvo que sostener contra la Francia, y á que le obligaba la ambicion incesante de Luis XIV, para quien los tratados de paz no eran mas que un nuevo pretexto de guerra. Muerto D. Juan, la reina madre volvió á la corte, y por su influjo se dió orden para que Valenzuela regresase, mas esto no tuvo efecto por otra orden



contraria, y solo se le permitió pasar á Méjico, donde en su lugar veremos que murió. A D. Juan sucedió en el ministerio el duque de Medinaceli, contra quien no tardaron en suscitarse otros aspirantes: la duquesa de Terranova, camarera mayor de la reina, y los confesores del rey, intrigaban contra los ministros y éstos hacian retirar á los confesores y nombrar otros de su devocion. El rey, débil de espíritu y de cuerpo, gobernaba á veces por sí mismo, manifestando acierto y buenos deseos, mas luego volvía á caer en su apatía y los negocios quedaban sin despacharse por mucho tiempo: desconfiando de todos, habia hecho establecer varias juntas para todos los ramos, lo que aumentaba la dilacion, introduciendo la discusion en todo lo que necesitaba expedicion y prontitud. Entre tanto Luis XIV, contra quien se habia coligado toda la Europa, triunfaba de todos sus enemigos, y habia ocupado no solo una gran parte de los Países Bajos españoles, sino que habia invadido la Cataluña tomando á Barcelona, extendiéndose sus ejércitos hasta las riberas del Ebro, y en América una escuadra francesa á las órdenes de Pointis habia tomado y saqueado á Cartagena, continuando los fibustieres, protegidos por la Francia, sus destructoras incursiones en todas las costas de aquel continente.

Cárlos se hallaba sin sucesion, no habiéndola tenido de D<sup>a</sup> María Luisa de Orleans, que murió en 1689, ni de D<sup>a</sup> Mariana de Neobourg, princesa austriaca,

con quien casó en segundas nupcias. Este vino á ser el punto á donde se dirigió la política de todas las potencias de Europa: tres eran los principales pretendientes al trono español, por los derechos que representaban de las princesas de la casa reinante de donde procedian: el delfin de Francia, como hijo de D<sup>a</sup> María Teresa, hija de Felipe IV, no obstante la renuncia solemne que su madre habia hecho al casarse con Luis XIV: el emperador Leopoldo, hijo de D<sup>a</sup> Mariana, hija de Felipe III, que al casarse no habia renunciado sus derechos, el cual así como su hijo mayor José, habian transferido estos al archiduque Cárlos, su hijo segundo, y el príncipe de Baviera José Fernando, nieto del mismo emperador Leopoldo y de la infanta D<sup>a</sup> Margarita Teresa, hija de Felipe IV. La córte de España estaba dividida entre estos dos últimos, favoreciendo el rey al príncipe de Baviera y la reina á los hijos del emperador, mas la muerte de aquel príncipe dejó la cuestion reducida á los hijos del rey de Francia y del emperador. Los embajadores de estos soberanos en Madrid, empleaban toda especie de manejos para formar partido en favor de los intereses que representaban, mientras que todas las potencias de Europa, sin contar para nada con España, arreglaban en diversos tratados la distribucion de los diversos estados de la monarquía, segun sus respectivos intereses. El conde de Harcourt, embajador de Francia, sumamente hábil en esta cla-



se de negociaciones, para ganar al partido francés á la misma reina que iba á quedar viuda y jóven, le ofreció el casamiento con el delfin, como la cosa mas á propósito para lisonjear su ambicion y separarla de los intereses de su familia. Cárlos lleno de indignacion, al ver que en su vida se disponia no solo de sus estados, sino de la mano de su esposa, pidió á la córte de Francia que retirase á su embajador, y Luis que no trataba mas que de complacer al rey y de hacerse partido en España, para lo cual habia devuelto generosamente en el tratado de paz de Riswick todas las plazas que habia ocupado, accedió á ello, seguro de que el partido que aquel habia formado y á cuya cabeza se hallaba el cardenal Portocarrero, arzobispo de Toledo, seguiria trabajando en su favor y contrarestando el influjo austriaco.

Las cosas en España y sus posesiones, habian llegado al último estado de desórden y miseria, agregándose á los males políticos los causados por el destemple de las estaciones, los terremotos en Sicilia y el Perú, las sediciones en Méjico contra el virey conde de Galve y en otros puntos. La escasez de recursos era tan grande, que la guardia real en Madrid para no morir de hambre, tenia que acudir á los conventos á medio dia, para sustentarse con las sobras que se repartian en las porterías. El rey cada vez mas abatido, llegó á persuadirse que estaba hechizado, y la inquisicion procedió á averiguar, por la declaracion

que se tomó á una monja y á otros individuos, en qué consistian los hechizos, exorcizando al rey con todas las ceremonias de la iglesia, lo que produjo en su ánimo tal impresion de terror, que para disiparla fué al Escorial, donde con el ejercicio y la separacion de las intrigas de Madrid sobre la sucesion de que no queria se le hablase, iba reponiéndose; pero habiendo querido ver los cadáveres de su madre y de su primera esposa, á la que habia amado con ternura, se conmovió profundamente encontrando este bien conservado, y reconociendo un semblante que le habia sido tan grato. "Pronto, exclamó, la seguiré en el cielo," y saliendo precipitadamente de la bóveda, pasó á Aranjuez y de allí á Madrid, en donde el influjo francés habia tenido grande incremento durante su ausencia. Cárlos habia consultado al papa, que en su contestacion no solo apoyó las pretensiones de la casa de Borbon, sino que hizo caso de conciencia para el rey el declarar la sucesion en su favor. No satisfecho todavía con esto, consultó al consejo de Castilla, y en seguida al de Estado, y ambos se declararon por la misma casa, proponiendo los medios oportunos para que no se reuniesen las dos coronas de Francia y España en un solo individuo, con lo que se llenaba el objeto que se habia tenido en la renuncia de D<sup>a</sup> María Teresa, la que por otra parte tenian por nula, porque considerando la corona como un mayorazgo, segun los principios de la sucesion en estos, un usufructuario



podía renunciar por sí, pero no perjudicar á sus descendientes renunciando á los derechos de estos: solo los condes de Fuensalida y de Frigiliana propusieron el medio legal á que se debia haber ocurrido, que era la convocacion de las cortes, compuestas de los tres brazos, pues ciertamente nunca se habia presentado negocio mas importante para someterlo á la decision de estas, pero de esta opinion no se hizo caso.

Cárlos habia escrito al emperador que hiciese partir sin dilacion al archiduque para hacer recaer en él la sucesion; pero no habiéndose podido realizar este intento, se le veia pasearse solo en su cuarto lleno de desasosiego, y fuera de sí llamaba al archiduque y preguntaba donde estaba. Sus dolencias se agravaban, y el cardenal Portocarrero le manifestó la necesidad de otorgar su testamento, decidiendo en él el punto de la sucesion, para no dejar á la nacion envuelta en una guerra civil y extrangera, é insistió en todas las razones alegadas en favor de los Borbones. El rey cediendo á ellas hizo su disposicion el 2 de Octubre de 1700, y lleno de dolor al arrancar por su mano de su familia una corona que habia llevado por dos siglos, para trasladarla á la de los enemigos que habian causado todas sus desgracias, exclamó poniendo su firma: "Solo Dios es el que da los reinos, porque son suyos:" y volviéndose á los grandes que asistieron á ver sellar el pliego que contenia su disposicion que quedó secreta, dijo: "Ya no soy nada." Por

el testamento llamaba á la corona á Felipe, duque de Anjou, hijo segundo del rey de Francia, estableciendo las reglas que habian de seguirse, para que no se uniesen los dos reinos en una persona: para gobernar durante la ausencia de su sucesor, mandó formar un consejo presidido por la reina, á la que asignó una viudedad de 400 mil ducados anuales, y por el codicillo que firmó el 21 del mismo mes, previno se le diese el gobierno de los Países Bajos: hechas estas disposiciones y preparándose cristianamente, falleció el dia 1º de Noviembre y fué llevado al sepulcro de los reyes al monasterio del Escorial. Su muerte fué llorada con sinceridad por sus vasallos, que siempre vieron en él un príncipe lleno de buenos deseos, que aliviaba sus males en cuanto podia, y que se veia arrastrado por fuerza á guerras que no podia evitar, temiendo además las desgracias que por su falta iban á caer sobre la monarquía. Un escritor distinguido ha hecho de su reinado el resúmen siguiente.

"La vida entera de Cárlos estuvo llena desde su infancia hasta su edad viril, de contratiempos y desgracias. Arrastrado á guerras continuas y funestas contra una nacion mas poderosa que la suya; unido con aliados que sacrificaron los intereses de España á sus conveniencias; tuvo el dolor de ver sus provincias asoladas ó desmembradas, su ejército y su marina destruidos, su reino en una situacion deplorable de pobreza y debilidad. Estas pruebas aunque du-



ras, no eran mas que el preludio de aficciones mucho mayores todavía. Desconsolado, viendo extinguirse su familia; padeciendo una enfermedad larga é incurable; dominado por una muger imperiosa á la que no amaba; tratado como niño por el embajador de Austria: Carlos era el juguete de los partidos contrarios que agitaban su corte, y se vió reducido á la triste necesidad de ser testigo de los esfuerzos interesados de las potencias extrangeras, para distribuirse ó apropiarse sus estados. Al fin la lánguida existencia que le quedaba, dividida entre pesares y cuidados, se acabó de llenar de amargura con la perspectiva de las calamidades que amenazaban á sus fieles vasallos, y con el temor de que su herencia, arrebatada á su familia que amaba tiernamente, sirviese para aumentar el poder y esplendor de su rival la casa de Borbon." (1)

Así terminó el dominio de los príncipes de la casa de Austria en España, que duró dos siglos: establecieronlo Carlos V y Felipe II, dejando, en la misma grandeza á que lo elevaron, los elementos de su destruccion; sostúvolo Felipe III, apoyado en la gloria de sus dos predecesores: precipitolo á su ruina Felipe IV, y esta ruina se consumó en el triste y obscuro reinado de Carlos II, de quien pasó el cetro á Felipe V, el primer monarca de la dinastía de Borbon que se sentó en el trono español.

(1) Coxe: "España bajo el gobierno de los reyes de la casa de Borbon," Muriel, Paris 1827, tom. 1<sup>o</sup>, introduccion histórica. Seccion 3<sup>a</sup> fol. 51. traducida en francés por D. Andrés